

# Actitud de los jóvenes universitarios frente a la religión: un desafío para una teología contextual en clave dialógica\*

---

Ángela Patricia Cadavid Vélez\*\*  
Behitman Alberto Céspedes de los Ríos\*\*\*

Recepción: 20 de noviembre de 2019 • Aprobación: 13 de diciembre de 2019

---

## Resumen

El presente artículo hace un acercamiento a la realidad juvenil desde la teología fundamental contextual, puesto que esta contiene unas reflexiones acerca de los imaginarios de los jóvenes (sobre Dios, religión, Iglesia, fe, ser creyente), su actitud ante la religión (creencia, increencia, indiferencia, sincretismo), sus prácticas religiosas, la forma como responden a las nuevas propuestas religiosas (dentro y de fuera de su comunidad religiosa), las diversas modalidades de pertenencia a las confesiones y los diversos grados de compromiso frente a su religión. Todo ello plantea importantes desafíos que la teología fundamental contextual, en clave dialógica, no puede ignorar.

**Palabras clave:** jóvenes, universidad, religiosidad, teología fundamental contextual.

---

\* Artículo de investigación producto proyecto *La actitud frente a la religión en los jóvenes universitarios de semestres superiores*, desarrollado en la Universidad Católica de Pereira. Citar como: Cadavid, A. y Céspedes, B. (2020). Actitud de los jóvenes universitarios frente a la religión: un desafío para una teología contextual en clave dialógica. *Albertus Magnus*, XI(1), 149-178. <https://doi.org/10.15332/25005413/6190>

\*\* Universidad Católica de Pereira, Pereira, Colombia. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3812-9024>. Correo electrónico: [angela.cadavid@ucp.edu.co](mailto:angela.cadavid@ucp.edu.co)

\*\*\* Universidad Católica de Pereira, Pereira, Colombia. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4668-3893>. Correo electrónico: [behitman.cespedes@ucp.edu.co](mailto:behitman.cespedes@ucp.edu.co)

## Attitude of young university students towards religion: a challenge for a contextual theology in a dialogic key

---

### Abstract

This article makes an approach to youth reality from the contextual fundamental theology, since it contains some reflections on the imaginaries of young people (about God, religion, Church, faith, being a believer), their attitude towards religion (belief, unbelief, indifference, syncretism), their religious practices, the way they respond to the new religious proposals (inside and outside their religious community), the different forms of belonging to the confessions and the different degrees of commitment towards their religion. All this poses important challenges that contextual fundamental theology, in a dialogical key, cannot ignore.

**Keywords:** young people, university, religiosity, contextual fundamental theology.

---

## Atitude de jovens universitários em relação à religião: um desafio para uma teologia contextual dialógica

---

### Resumo

Este artigo aborda a realidade juvenil a partir da Teologia Fundamental Contextual, visto que contém algumas reflexões sobre o imaginário dos jovens (sobre Deus, a religião, a Igreja, a fé, o crente), a sua atitude. antes da religião (crença, descrença, indiferença, sincretismo), suas crenças religiosas, suas atitudes em relação à religião, suas práticas religiosas, a forma como respondem a novas propostas religiosas (de dentro e fora de sua comunidade religiosa), as diferentes modalidades de pertencimento às confissões e os diferentes graus de compromisso com a sua religião. Tudo isso levanta desafios importantes que a Teologia Fundamental Contextual dialógica não pode ignorar.

**Palavras-chave:** juventude, universidade, religiosidade, Teologia Fundamental Contextual.

---

## **Introducción**

El presente artículo surge a partir del trabajo adelantado por el grupo de investigación “Fenómeno Religioso” de la Universidad Católica de Pereira y de los aportes de los seminarios cursados en el Doctorado en Teología. La línea de investigación “El fenómeno religioso. Perspectiva teológica, socio cultural y pastoral” ha formado parte del proceso de elaboración de un marco conceptual sobre el fenómeno religioso, suficientemente claro y orientador como para servir de base teórica a otras investigaciones en torno a la dinámica de lo religioso en la región, a la forma como este es asumido por los distintos grupos y ambientes, a sus dinámicas y tendencias actuales, y a su relación con la vida y la sociedad, por un lado, y con la teología y la educación, por otro.

Este artículo tiene como objetivo contribuir a la evangelización como obra de la Iglesia, en particular, la evangelización en la universidad, a partir de la convicción de que lo religioso y la relación con la trascendencia son un aspecto fundamental de la existencia del ser humano, tienen una incidencia decisiva en la construcción del proyecto de vida y de felicidad, y forman parte integral de la cultura y la vida de la sociedad, por cuanto constituyen una dimensión muy importante de su identidad. Por esta razón, el conocimiento de lo religioso y la religiosidad son insoslayables para la Iglesia y la evangelización, puesto que es necesario conocer la percepción que los jóvenes tienen de la fe y la religión, las expectativas frente a ellas y los cuestionamientos respecto de sus expresiones, con el fin de ser más pertinentes a la hora de proponer el mensaje del Evangelio en el contexto en el que ellos se desenvuelven. Como propone el papa Francisco, actualmente “se impone una evangelización que ilumine los nuevos modos de relación con Dios, con los otros y con el espacio, y que suscite los valores fundamentales. Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas” (2019, n. 4). Es por ello por lo que se hace tan importante conocer cómo vive la fe y la religión el joven y cuáles son sus modos de relacionarse con Dios, porque solo a partir de este conocimiento podremos hablar de una teología en contexto.

Un sector importantísimo de la vida de la sociedad está constituido por los jóvenes, especialmente por los que se están preparando en la universidad para liderar procesos de desarrollo. Conocer su idiosincrasia, la dinámica de su desarrollo personal, su mentalidad y sus prácticas, sus imaginarios y la forma como los cambios socioculturales inciden en su visión del mundo y su estilo de vida, es un reto para el mundo académico. Todos ellos son aspectos que no resultan

extraños ni pueden ser ajenos a la teología, pues esta, con base en el conocimiento de aquellos, permite al creyente asomarse, hasta donde le sea posible, a la comprensión crítica de sus opciones de fe y a los compromisos que de esa comprensión se derivan. He aquí un desafío importante para la teología, de manera específica para la teología fundamental<sup>1</sup>, la cual puede reconocer en este escenario un lugar teológico de no poca valía.

En este sentido, no hay temor a equivocación cuando se afirma que la realidad que vive y que construye el joven puede valorarse, desde un punto de vista teológico, como un “lugar” que merece ser tenido en cuenta a la hora de construir reflexión teológica, como lo plantea e insiste Víctor Hugo Miranda:

En la teología hay un concepto llamado “lugar teológico”. Así se denomina al espacio desde el que se puede reconocer un modo particular de la revelación de Dios y que sirve al teólogo como herramienta para su propia reflexión. Un ejemplo que nos puede ayudar a entender este concepto es el de Gustavo Gutiérrez, padre de la Teología de la Liberación, para quien los pobres se convirtieron en el “lugar teológico” desde el cual él hizo su trabajo teológico. A partir de mi experiencia sacerdotal de los últimos tres años, yo me atrevería a decir que los “jóvenes” pueden ser considerados también como un “lugar teológico”, convirtiéndose ellos así en ese espacio desde el que Dios se manifiesta de un modo original y desde donde nosotros podemos realizar nuestra reflexión teológica.

Para Karl Rahner SJ, gran teólogo alemán del siglo XX, nuestra reflexión sobre Dios no puede estar disociada de nuestra reflexión sobre el ser humano. Y sí, los jóvenes tienen mucho que decirnos de lo “humano” y por lo tanto de lo “divino”. Si algo caracteriza al joven es que se trata de un constante misterio que no puede ser resuelto sino acompañándole de cerca, para escucharle hablar de la vida, del país, de su afectividad, de la realidad que le rodea, de sus sueños, de sus miedos, de sus ganas de construir un mundo más justo, de sus deseos de hacer mejor las cosas, de sus heridas, de sus frustraciones. Pero, ojo, el joven

---

1 “La Teología Fundamental como reflexión crítica del creyente sobre la fe, es una tarea responsable, como compromiso vital de un ser humano que quiere rendir cuentas de la experiencia nuclear que estructura su propia persona y su historia: responsable de cara a la comunidad eclesial, de quien el teólogo ha recibido la fe y en cuyo nombre reflexiona sistemáticamente; responsable frente a su propia cultura en cuyo seno vive ya de la salvación de Cristo, que desea proponer como alternativa definitiva a los hombres de su tiempo, dando respuesta a sus inquietudes y preguntas, buscando con ellos las soluciones a los problemas planteados en cada momento histórico” (Jiménez, 1999, p. 129).

no está buscando que uno le resuelva la vida, el joven está buscando su propio camino, está, creo yo, buscando la trascendencia, y en esa búsqueda, como diría Vicente Santuc SJ, “se dejará encontrar por Dios”. (Miranda, 2015)

La importancia del tema al que apunta este artículo —la religión en los jóvenes— radica en el significado de lo religioso para la vida de un ser humano y la forma como asumen sus proyectos desde su vocación de trascendencia y eternidad. En ese orden de ideas, este texto pretende realizar una reflexión acerca de los imaginarios de los jóvenes (sobre Dios, la religión, la iglesia, la fe, el creyente), su actitud ante la religión (creencia, increencia, indiferencia, sincretismo), sus prácticas religiosas, la forma como responden a las nuevas propuestas religiosas (dentro y fuera de su comunidad religiosa), las diversas modalidades de pertenencia a las confesiones y los diversos grados de compromiso frente a su religión, para, desde allí, señalar algunos desafíos que surgen para la teología fundamental.

Así pues, se inicia con un breve acercamiento a la realidad sociocultural de los jóvenes, destacando la importancia de estos y de lo religioso en la sociedad, en la cultura y en la Iglesia. Posteriormente, encontraremos algunos rasgos especiales de esa realidad, lo que nos permitirá comprender el modo como los jóvenes entienden la ‘religión’, así como la razón y, tal vez, las consecuencias de ese modo de comprensión, lo que, en parte, justifica el por qué poner atención teológica al mundo de los jóvenes.

## **Realidad sociocultural**

Lo primero que debe ocupar nuestra atención al tratar de acercarnos a la realidad religiosa de los jóvenes, desde una mirada crítica que sirva como reflexión teológica que lea y comprenda esa misma realidad, es el contexto del mundo juvenil, el ambiente en el que se desenvuelven los jóvenes, del cual se nutren sus vivencias, sus creencias, sus ideales y utopías. Esto ayudará a reconocer qué rol desempeñan, o deberían desempeñar, los jóvenes dentro de su sociedad, de modo que no sean simples espectadores sufrientes del presente, sino actores activos que, motivados por su compromiso con el mundo y animados por su fe, sean un factor permanente de transformación humana y social.

Así pues, al ponernos frente al contexto sociocultural, es necesario decir que este se fundamenta en dos consideraciones: la primera tiene que ver con la importancia de los jóvenes para la vida de la sociedad y de la Iglesia, y con la trascendencia de la etapa juvenil para la formación de la persona.

Los jóvenes representan el sector de la sociedad que más evidencia el impacto de los cambios socioculturales, pues son ellos quienes, al asumirlos, de una u otra manera, garantizan su consolidación y pervivencia o su desaparición como fenómenos fugaces. Asimismo, son actores de procesos de transformación cultural y, por ende, religiosa. Los jóvenes son protagonistas de la vida de la sociedad y lo que acontezca en ellos la marcará positiva o negativamente. Lo mismo podría decirse de ellos con relación a la Iglesia, puesto que su presencia la revitaliza, le infunde entusiasmo, le comunica su energía y su espíritu innovador. Además, son un estamento esencial de la universidad, habida cuenta de que allí adelantan su proceso de formación, e igualmente son agentes activos de los procesos educativos, de investigación y proyección social. Por esta razón, la sociedad, la Iglesia y la universidad deben conocer muy bien el mundo de los jóvenes, su cultura, las dinámicas de su vida individual y social, su mentalidad, los cambios que experimentan y que generan.

La segunda consideración tiene que ver con la importancia de lo religioso en la cultura y la sociedad, así como con los cambios y transformaciones que este factor experimenta y, a su vez, produce. La religión, como subsistema de la cultura, recibe directamente el influjo de los procesos y transformaciones sociales y culturales, evoluciona y se resignifica de acuerdo con la dinámica de las épocas. Además, la religión cambia también por su propia dinámica de desarrollo y evolución, lo que incide en la vida de la sociedad. Por tanto, la religión no constituye un fenómeno marginal o superficial en la vida de la sociedad o de la persona, por el contrario, tiene una significación decisiva para una y otra. Conocerla e identificar sus procesos, indagar sobre la actitud de los distintos grupos sociales frente a ella, saber si responde o no a sus expectativas e idiosincrasia, es una exigencia tanto para la sociedad como para la universidad y la Iglesia.

## **Un contexto religioso distinto digno de atención**

La sociedad colombiana experimenta en la actualidad un profundo proceso de cambio sociocultural que incide en todos los aspectos de su identidad y sus dinámicas. La globalización, el posmodernismo —que con la caída de paradigmas sospecha, ante una razón totalitaria, la crisis de las instituciones históricas, rechazo a lo duradero, creación de metarrelatos y búsqueda de sentido en lo simbólico—,

y el desarrollo cada vez más radical de sus postulados, como el individualismo y la subjetividad, se vuelven cada vez más presentes en la sociedad colombiana<sup>2</sup>.

Podemos ver que los cambios socioculturales afectan y generan transformaciones en instituciones como la familia, la escuela y las iglesias, dando cuenta de una diversidad cultural y, especialmente, una diversidad religiosa afianzada en un pluralismo confesional. Junto a lo anterior, apreciamos la vigorosa afirmación del consumismo y sus ideales de vida cómoda y sin compromisos; los procesos de modernización de nuestra sociedad que inciden en los niveles de apreciación de los valores sociomorales como democracia, tolerancia, libertad, pluralismo y el diálogo intercultural e interreligioso. Todos estos cambios han incidido poderosamente en la mentalidad de los jóvenes, en su sistema de valores, en sus prácticas y convicciones. Entre las realidades que experimentan el impacto de esos cambios se sitúan la forma de ver y vivir la religión en nuestros días.

Actualmente, ante la falta de horizontes referenciales —como bien lo afirma Ch. Taylor, en su obra *Ética de la autenticidad*—, ante la crisis de credibilidad de las instituciones tanto políticas como religiosas, la teología tiene el desafío de ofrecer preguntas relevantes y significativas a los jóvenes de hoy, abriendo caminos hacia una sistematización de la reflexión de una teología para los jóvenes. En este escenario, la teología actual también ha de ser una oportunidad para situar la pregunta por el Hombre y la Trascendencia, inserta en un diálogo permanente con la sociedad actual que —a diferencia de épocas anteriores— es más laica, plural y global.

Una de las claves para el posicionamiento de una teología para los jóvenes en una sociedad que defiende el pluralismo como valor sociomoral, consiste en crear las condiciones pastorales para suscitar una experiencia de aprendizaje acerca del sentido de la dimensión religiosa para cada ser humano, y que esta se transforme en un criterio orientador que permita resignificar e integrar las experiencias cotidianas, posibilitando el desarrollo de su personalidad y de saber comprender y ubicarse en un mundo global y plural.

---

2 Siguiendo a Charles Taylor en su obra *Ética de la autenticidad*, podemos reconocer distintas formas de *malestar en la Modernidad*, que dan cuenta de una crisis en esta. Nuestra sociedad actual se encuentra corrompida por dos actitudes, que Taylor declara como las causantes del malestar de la Modernidad y que ha provocado una fragmentación social y del propio sujeto: el individualismo y la primacía de la razón instrumental, en donde imperan los criterios de eficiencia, pragmatismo y utilidad. La crisis de la Modernidad ha provocado que las personas no se sientan atraídas por sueños y utopías colectivas, sino que se han vuelto individualistas, razón por la cual se aíslan en la búsqueda de la felicidad individual, sin horizontes referenciales que otorguen un sentido a la vida en sociedad (Taylor, 1994; Vattimo, 1987; Duch, 1997; Frankl, 1992).

Desde la teología pastoral, existe una vasta literatura acerca de la importancia para una nueva evangelización y de propiciar un diálogo permanente de la fe con la cultura. Es así como la expresión 'fe y cultura' se vuelve bastante conocida y se inserta dentro de la mayoría de las propuestas de evangelización que la Iglesia lleva a cabo. Abordar este viejo tema nos parece necesario y de gran relevancia, considerando los cambios culturales y religiosos que en estos momentos apreciamos y vivimos, y que afectan directamente a los jóvenes de hoy. Dentro de la reflexión 'fe y cultura' es donde situamos y especificamos la necesidad de un diálogo de la fe cristiana con la cultura juvenil, para poder comprender el resurgimiento de *lo religioso* en los jóvenes, conocer sus expresiones, sus impresiones frente a la dimensión religiosa, su particular modo de vivir la fe, y entender cómo los cambios sociales y culturales inciden directa o indirectamente en la relación de los jóvenes con la religión, así como en su percepción sobre esta y con respecto a las instituciones religiosas, y cómo resurge el fenómeno religioso en la vida social y política. Al respecto, Cox afirma que

en los primeros años de la década de los 80 empezó a manifestarse la sensación de que en todas partes estaba latente un resurgimiento de las religiones de importantes consecuencias para la vida política. La vieja ciudad secular simplemente ya no era lo que solía ser. Todos los indicios apuntaban a una resurrección de la religión a escala universal y, además, de una religión tradicional y teológicamente ortodoxa. (Cox, 1985, p. 17)

Siguiendo a Cox, han surgido situaciones religiosas nuevas, tales como la increencia, la indiferencia religiosa, el pluralismo religioso, nuevas propuestas y modos de comprender la espiritualidad, o el reavivamiento religioso en el seno de las confesiones tradicionales<sup>3</sup>. A su vez, también es posible encontrar en el seno del catolicismo y el cristianismo formas de creencias no cristianas, de espiritualidades sin religión y de formas religiosas sin Dios (Celam, 2005).

Todo lo que refiere a la religión y lo religioso, propiamente dicho, no es un asunto de poca envergadura, ni puede infravalorarse en cuanto su significación,

---

3 Para algunos, la espiritualidad se define y se vive solo dentro de los marcos de referencia que otorgan y definen las instituciones religiosas; para otros, la espiritualidad va más allá de estos marcos referenciales institucionales, en donde la espiritualidad, tal como lo expresa Boff, "significa vivir según la dinámica profunda de la vida; tiene una expresión exterior que es un conjunto de relaciones [...] posee también una expresión interior que es el diálogo con el yo profundo... con el misterio que nos habita y que llamamos Dios" (Boff, 2000, p. 139).



si tenemos en cuenta que lo religioso es, no solo un aspecto fundamental de la existencia individual, sino también, una dimensión nuclear de la cultura. La identidad de los pueblos y la identidad de nuestra sociedad colombiana, en particular, han estado profundamente permeadas por lo religioso y, específicamente, por el cristianismo. Un cambio en esa dimensión repercute en todo el sistema sociocultural, así mismo, los cambios en este inciden poderosamente en las concepciones, imaginarios y prácticas religiosas. Por ello, la Fe cristiana, para comprender estos cambios socioculturales y su impacto en la vivencia de la fe, debe situarse en diálogo con la cultura, porque es parte de ella. Nuestra cultura latinoamericana posee, por su historia, una identidad religiosa innegable que conforma nuestro acervo cultural y se expresa mediante diversas manifestaciones culturales. No segmentamos 'religión' y 'cultura', sino que lo religioso es y ha sido parte en la configuración de nuestra identidad cultural, más allá del proceso de secularización que todos conocemos. En este sentido, la dimensión educativa cobra un papel relevante, porque ella es un vehículo donde se gesta y se expresan los cambios culturales y también religiosos. Como bien lo expresa Scherz, la "educación es parte de la cultura de un pueblo y consiste en cultivar y transmitir lo propiamente humano, en forma integral y trascendente" (Scherz, 2014, p. 9).

A continuación, se desarrollan cinco ejes de reflexión, tales como: 1) rasgos culturales de los jóvenes universitarios; 2) lo religioso y la religiosidad; 3) religión y fe; 4) rasgos socioculturales y fe de los jóvenes; y 5) retos para la teología fundamental desde la realidad de los jóvenes, los cuales invitan a profundizar un poco más al respecto.

## **1. Rasgos culturales de los jóvenes universitarios**

Si bien todos los jóvenes se ven interpelados de acuerdo con su contexto sociocultural, este artículo pretende hacer énfasis en los jóvenes universitarios, pues, como se planteó al inicio, se parte del interés de un grupo de investigación perteneciente a una institución universitaria, cuya población, en su mayoría, está constituida por jóvenes.

Pues bien, para comprender la forma como los jóvenes universitarios viven, entienden y asumen su religiosidad, es preciso ubicarlos en el contexto de una realidad sociocultural en proceso de transformación, lo que implica cambios en las formas de ver el mundo y sus diversos aspectos; de cambios, también, en la manera de expresar los sentimientos y las vivencias; y de la valoración de las estructuras institucionales y colectivas. Para ello, se pueden identificar algunos

rasgos sobresalientes de la actual realidad sociocultural, los cuales, en el caso de nuestro país, manifiestan un proceso que, aunque hunde sus raíces en el siglo XIX y comienzos del XX, se ha consolidado en las últimas décadas. Estos rasgos se pueden agrupar como sigue: secularización y desacralización, individualismo, subjetivismo, privatización, reinstitucionalización; auge de lo emocional y comunidades emocionales; cultura *light* (liviana, ligera), pequeños relatos; pluralismo, libre concurrencia de ofertas religiosas y búsqueda de sentido.

La realidad universitaria lleva a los jóvenes a enfrentar de modos muy diferentes, y con mayor o menor grado de conciencia, la relación entre fe y ciencia. En los últimos años, se ha percibido una mayor apertura a los valores espirituales y religiosos y a todo tipo de experiencias, especialmente orientales y mágicas, en búsqueda de lo trascendente. Cox plantea, en su libro sobre “la Ciudad Secular” (1985), que “el mundo de la religión en decadencia al que se refería ese primer libro, había empezado a cambiar de un modo que muy pocas personas podían prever. Había comenzado a hacer su aparición una nueva era que algunos llaman ‘postmoderna’”. A lo que añade:

Nadie está absolutamente seguro de cómo será esa era postmoderna, pero una cosa parece estar clara: más que de una era de secularización rampante y decadencia religiosa, parece tratarse de una era de resurgimiento religioso y de retorno de lo sacro. (pp. 122-123)

Es innegable que en este mundo contemporáneo los universitarios son sujetos de una nueva incursión cultural, es decir, por un lado, el discurso de los saberes y, por otro, el compromiso con la propia dignidad humana, puesto que luego del ingreso a la universidad los jóvenes son muy vulnerables frente a diversas y variadas filosofías, y se ven envueltos en un pluralismo tanto religioso como político, incluso frente a lo trascendente.

Para algunos estudiantes, los acontecimientos que se generan a nivel global los remiten hacia su interioridad y encuentran que la superficialidad que el mundo les ofrece carece de sentido; entonces surge en ellos la necesidad de buscar la plenitud de vida y, en la medida en que ellos se relacionan con el otro, con la naturaleza, con la sociedad, con lo trascendente y con ellos mismos, se hacen más humanos, y, desde su área de formación, es posible que logren encontrar la felicidad.

Se observa que en las últimas décadas ha aumentado el número de jóvenes que están marcados por la inseguridad, y lo manifiestan cuando poco a poco

se van integrando a las propuestas que el *alma mater* les ofrece; ellos expresan también un desencanto frente a sus propias realidades, incluso frente a las propuestas violentas; así, la inseguridad y el desencanto fácilmente los arrastra hacia las drogas y a la depresión. No cabe duda de que son drásticos los cambios que expresan los jóvenes cuando ingresan a la universidad; pero es también un reto que se pone frente a ellos, puesto que es allí donde continúan construyendo su proyecto de vida, su pensamiento lógico, su apertura a lo trascendente y donde amplían su campo del saber (Sánchez et al., 2014).

Teniendo en cuenta que la Universidad Católica de Pereira “debe instituir el diálogo de las disciplinas humanas entre sí, por una parte, y en el saber teológico, por otra, en íntima comunión con las exigencias más profundas del hombre y de la sociedad” (Celam, 1968, n. 21), se infiere que este diálogo entre la interdisciplinariedad y la teología puede permitir que los jóvenes participen activamente en el desarrollo de la humanidad en todas sus dimensiones.

## **2. Lo religioso y la religiosidad**

Lo religioso es un fenómeno observable en distintas tiempos y lugares, tanto en las más remotas épocas de la historia como en las más recientes; de igual modo, en todas las culturas y ambientes se observa lo religioso. Este hecho permite afirmar que el ser humano es religioso por naturaleza<sup>4</sup>: lo religioso le es inherente a su condición y realidad. Se entiende lo religioso como un ordenamiento o búsqueda del ser humano hacia lo divino. Esta búsqueda está en todo ser humano individualmente considerado: a eso se le llama ‘religiosidad’ o ‘dimensión religiosa’. Esta búsqueda alcanza forma y organización de acuerdo con las particularidades de cada cultura, es así como aparecen las religiones o sistemas religiosos. En este sentido, hablamos de religiosidad como la dimensión que todo ser humano posee y que consiste en su ordenación u orientación hacia lo divino; por otra parte, se entiende aquí la religión como el sistema que se constituye socialmente para conocer y entrar en relación con lo divino (o con lo santo). Por esta razón,

---

4 Esta afirmación no pretende decir que el ser humano nace con una religión, sino que en su realidad más profunda existen aperturas de orden trascendental que lo hacen buscar al Ser Superior, del que proviene; las formas religiosas concretas las aprenderá de la cultura. Esta afirmación es del mismo orden de esta otra: “el ser humano es parlante por naturaleza”, con lo que se quiere decir, no que el ser humano nazca hablando ni mucho menos hablando una lengua específica, sino que es un ser naturalmente capaz de hablar y naturalmente también necesitado de expresarse y de hacerlo mediante el lenguaje.

se considera que la religión es un elemento de la cultura, creación, por tanto, de una comunidad humana, que forma, con los demás sistemas simbólicos y de significación, el entramado cultural de un pueblo; más aún, constituye un elemento decisivo en el conjunto del sistema sociocultural, tanto en su definición como en la forma en que articula diversos componentes.

La experiencia religiosa ha sido definida por los estudiosos como *lo santo o lo sagrado*, entendido como la realidad por excelencia, que no pertenece al orden mundano de realidad, sino que la trasciende. Esta realidad, que podemos denominar 'lo superior' reviste diferentes formas en las religiones, desde las formas impersonales hasta la forma personal de un único Dios, pasando por la forma plural de divinidades varias.

Como sistema, en la religión se pueden observar una serie de elementos: 1) *el hombre*, que ante sus limitaciones y grandezas se siente creatura y reconoce la existencia de una realidad superior, experimenta la búsqueda de la trascendencia, de la plenitud de su vida, del ser, y busca entrar en comunión con esa realidad; 2) *el ser trascendente*, que es percibido y representado de diversas formas en las distintas religiones; puede ser impersonal o personal (politeísmo o monoteísmo); y 3) *la relación* que se establece entre ambos, la cual se expresa como comunicación, escucha, palabra y conocimiento.

Ahora bien, para relacionarse con el ser trascendente el ser humano construye unas *mediaciones* que conforman diversos subsistemas, tales como: 1) las representaciones (componente doctrinal); 2) el culto (componente cultural); 3) los comportamientos (componente ético); 4) sentimientos (componente experiencial); y 5) la organización socioinstitucional (componente social) (Arboleda, 2005).

El componente doctrinal está constituido por las creencias, representaciones y convicciones relacionadas con el ser superior; el concepto de salvación que la religión busca y ofrece; y la concepción de la vida, del ser humano (individual y socialmente considerado) y del mundo.

El hombre, a lo largo de su historia, se ha planteado importantes interrogantes con respecto a su dimensión religiosa, frente a esto, algunos han recibido respuestas oportunas y otros aún permanecen en vilo, sin embargo, cuando se hace referencia a *lo santo*, el hombre se admira por su grandeza y, a la vez, por su misterio, al cual le atribuye la creación del universo, así que el espíritu del hombre permanece con inquietudes frente a todas las formas religiosas y a los contenidos de fe.

Dicha dimensión doctrinal de las religiones es la que permite a sus seguidores tener una identidad religiosa; como plantea Arboleda:

En las diversas religiones y confesiones, bajo el rubro de creencias se reúnen dos aspectos: el cognitivo y el experiencial. El cognitivo se refiere a la aceptación intelectual de ciertas formas de entender a Dios, el mundo y la sociedad, y cuya aceptación conforma la ortodoxia de un grupo. Estas doctrinas adquieren su fuerza en el hecho de encontrarse en los libros sagrados o porque han sido adquisiciones teológicas aceptadas por los dirigentes del grupo. Y los fieles prestan su asentimiento a estos contenidos de fe que identifican una religión y la diferencian de otras. (Arboleda, 2005, p. 59)

El componente moral y ético, conformado por las convicciones relativas al comportamiento de la persona y del grupo, incluye los sistemas de valoración moral, las normas y leyes, los criterios para evaluar el carácter justo o pecaminoso de las acciones humanas, todo lo cual tiene su origen, de una u otra forma, en la realidad sagrada (Dios). Profundizando aún más, se dirá que toda religión o sistema religioso propone un estado de vida feliz, *salvada*, plena a sus fieles, y en eso radica su valor para ellos. El componente ético-moral lo único que pretende es proponer ese estado de vida feliz, orientar a los creyentes por el camino que permita alcanzar ese estado y señalar lo que conviene a esa propuesta de felicidad y de vida, así como indicar lo que la amenaza, destruye o la imposibilita.

El componente cultural contiene todos los gestos, ritos, prácticas y acciones encaminadas a establecer o prolongar las relaciones con el ser superior; además, incluye a las personas cualificadas que intervienen en los actos de culto, los objetos sagrados y los procesos de consagración.

En la historia de las religiones no existe ninguna que no tenga en cuenta los espacios para celebrar los cultos ni el tiempo que se dedica a ello, es decir, una asamblea se reúne en torno a la experiencia de fe, se congrega, entonces, no solo como acto social sino como comunidad creyente que expresa la realidad humana junto con lo divino. Así que el sujeto convocado asiste libremente a las prácticas religiosas, puesto que siente sed de Dios, de lo santo o lo trascendente, nostalgia de él, en este sentido participa de los acontecimientos culturales.

Todas las religiones reconocen días especiales en los que los hombres rompen su monotonía para dedicarse a Dios, son las fiestas, cuyo carácter sagrado y religioso se manifiesta en el cese de las actividades ordinarias y la especial dedicación al servicio divino en una atmósfera singular. (Lucas, 1999, p. 137)

Es por esta razón que los seres humanos expresan de diversas maneras sus experiencias de fe.

El componente experiencial hace referencia a los sentimientos, las actitudes y las valoraciones que asume el ser humano ante lo santo o sagrado, que son fundamentales en las expresiones religiosas, puesto que, dependiendo de su sentir, el ser humano expresa sus actitudes y el grado de importancia que le da a su dimensión religiosa de una u otra forma. La actitud actual del hombre posmoderno en Occidente frente a la religión manifiesta una apertura al *misterio*, puesto que permanece en él la búsqueda de lo trascendente.

El componente social es el último aspecto que se encuentra en todo sistema religioso. Se constituye como aquel que tiene que ver con lo comunitario, pues es allí donde se colma la dimensión religiosa del ser humano. Este componente se encuentra relacionado con la naturaleza eminentemente colectiva (social) de la religión, su organización, la definición de sus funciones, los deberes y derechos de los fieles, la determinación de la autoridad del grupo, las personas que encarnan esa autoridad, los procesos de toma de decisiones, el conjunto de normas que hacen posible la subsistencia del grupo, las distintas formas de conservación y la transmisión de la tradición.

Así pues, es posible afirmar que “la religión es por esencia una realidad social” (Schmitz, 1987, p. 70), lo que significa que permite fortalecer la unidad entre los hombres, la interrelación entre ellos y la comunicación con *lo santo, lo sagrado* o Dios. Estos componentes varían en su incidencia según la religión, pues cada una desarrolla, en mayor o menor grado, cada uno de los componentes del sistema, el cual incluye siempre los cinco ya mencionados.

### 3. Religión y fe

Para comprender adecuadamente el sentido de esta expresión se hace necesario hacer claridad de lo que se entiende por religión y lo que se entiende por fe. En cuanto a la religión, se puede decir que es una búsqueda o acción del hombre hacia Dios. Es un intento de ser humano por alcanzar la divinidad; tentativa válida pero siempre frustrada, porque la divinidad resulta inalcanzable. En sentido contrario, se entiende la fe como el movimiento de Dios hacia el hombre; la fe es la respuesta del hombre a ese Dios que le busca, es Dios quien viene al hombre y provoca en él la respuesta libre a su amor.

Sin embargo, con esto no se quiere expresar que la fe se oponga a la religión, de hecho, puesto que la fe se expresa de manera religiosa, redime a la religión de

sus imperfecciones. Por eso, ante estas, se puede decir que la fe permite que la religión:

- Asuma una actitud de apertura y encarnación en cualquier cultura y época.
- En vez de manipular la divinidad, le rinda adoración, sumisión y obediencia.
- Sea entendida como una vivencia desde el amor y la gratuidad, y no desde el temor.
- Contraiga un compromiso con Dios y no solo con su búsqueda en los momentos difíciles.
- Una la vivencia de la fe a la vida y no las considere de manera separada.
- Deje que Dios se vaya mostrando como es.
- Perciba los objetos simbólicos como signos del poder de Dios y no los sacralice.

Se puede decir, entonces, que la religión necesita ser redimida y purificada para que pueda jugar su verdadero papel como dadora de sentido a la humanidad.

Sin embargo, también es necesario aclarar que, aunque la religión ha tenido imperfecciones, la actitud religiosa no ha desaparecido de la sociedad, pues es evidente que en la actualidad surgen, cada vez más, nuevas actitudes que, aunque en algunas ocasiones sean falsas o incluso pervertidas y puedan ofrecer una visión parcializada del papel fundamental de la religión, son una muestra de cómo el hombre no puede vivir sin un fundamento.

Ante la complejidad de esta situación religiosa, Lucas (1999) afirma que “estamos ante una situación de cambio religioso, de transformación y hasta de mutación [...] A la salida de una crisis que ha sido profunda, asistimos no a la muerte (de la religión), sino a su transformación” (p. 13). Esta afirmación muestra que, a pesar de la crisis o las imperfecciones que ha tenido la religión y que han conducido a un fenómeno de increencia y hasta de nihilismo, la religión y la creencia en Dios ha sufrido una transformación, ya que nunca desaparecerá, puesto que ella es la que le brinda la razón de ser, el sentido y las respuestas a los interrogantes más profundos del hombre.

## 4. Rasgos socioculturales y fe de los jóvenes

La dimensión religiosa se expresa en los jóvenes de manera peculiar, pues estos se caracterizan por su búsqueda de independencia, autonomía e identidad; en desarrollo de ello reacciona frente a lo tradicional, lo institucional, la autoridad, las expresiones culturales y los ritos, lo que puede llevar a crear formas novedosas, o incluso alternativas, que conduzcan a prescindir de lo religioso o a cuestionarlo. Para la sociedad, es importante conocer esa dimensión del mundo juvenil, pues resulta determinante a la hora de concebir procesos educativos y de llevar a cabo la construcción de tejido social; para la Iglesia y la evangelización, es necesario conocer la percepción que los jóvenes tienen de la fe y la religión, las expectativas frente a estas y los cuestionamientos respecto de sus expresiones; finalmente, la universidad debe comprender el universo juvenil en todos sus aspectos y en particular en el religioso.

Los jóvenes en Colombia, específicamente en la región cafetera, se han formado en el contexto de una sociedad muy religiosa; muchos jóvenes de esta parte del país perciben la religión y su propia religiosidad como una imposición, que se mantiene por costumbre y que se vive rutinariamente. Todo ello suscita reacciones negativas frente a lo religioso, lo que, en algunos casos, puede causar rechazo y aversión.

Con frecuencia, los jóvenes perciben que las manifestaciones religiosas que conocen provienen de una religión tradicional (específicamente, un cristianismo arraigado), que se materializa en reglas, categorías y prácticas percibidas como anacrónicas, que están desfasadas en relación con sus expectativas y su mentalidad.

La actual realidad sociocultural presenta unos rasgos que constituyen un ambiente que no favorece la aceptación, comprensión y asimilación de la religión, específicamente de la propuesta cristiana, como señala Jiménez al referirse al problema actual de la increencia:

La racionalidad instrumental, que impone en los diversos ámbitos de la existencia los criterios de la eficacia y de la manipulación; el éxito de las ciencias de la naturaleza, que propagan una mentalidad empirista, que se ve, a su vez, alimentada por el ansia de poseer y consumir; la conciencia viva del mal en el mundo, que aparece desafiante y desconcertante en el escenario de la vida cotidiana bajo los focos de los medios de comunicación; la falta de coherencia de los creyentes y el rechazo visceral de las instituciones eclesiales... hacen con frecuencia imposible el planteamiento de la cuestión religiosa e incluso de



la pregunta por el sentido de la existencia, bloquean los caminos de la experiencia religiosa, o favorecen el alejamiento de muchas conciencias del universo creyente. (Jiménez, 1999, p. 131)

Otros rasgos que también se evidencian son:

- Cultura de lo fácil y lo cómodo, lo que conduce a actitudes hedonistas, todo lo cual entra en conflicto con las implicaciones de la religión y con sus exigencias de compromiso.
- Cultura *light* o de lo ligero, que exalta lo superficial y conduce a la pérdida de profundidad espiritual y humana, así como al materialismo. Los jóvenes son los miembros de la sociedad que están más expuestos a los efectos de esta “nueva cultura”.
- Acentuación y exaltación del individualismo que valora la libertad y la identidad personales, lo que favorece la autenticidad de la vivencia religiosa, pero que, llevado al extremo, conduce a la depreciación del valor de la comunidad y a crear actitudes de rechazo a lo tradicional e institucional.
- El racionalismo representa una corriente de gran importancia en la modernidad en cuanto constituye el descubrimiento y la valoración de la razón autónoma. El racionalismo ha inspirado, en gran medida, los procesos educativos en los que se han formado los jóvenes.
- La sociedad y la cultura actuales, en particular en Colombia, experimentan como en ninguna otra época la presencia del pluralismo y la diversidad, y se ven abocadas al fenómeno de la globalización. Esta situación, que es especialmente vivida por los jóvenes, implica transformaciones en la manera de ver y vivir la existencia, en especial la religiosidad, lo que incluso puede conducir a la idea de considerar la religión como una mera sensibilidad subjetiva, sin contornos precisos ni perfiles definidos, o a la percepción de que todas las religiones son iguales, lo que puede derivar en la idea de que lo religioso no tiene mayor valor.
- Los jóvenes de ahora, en Colombia, han nacido y se han formado dentro de un contexto caracterizado por la disolución del sistema de cristiandad, que, entre otras cosas, representa la crisis de las formas tradicionales de educación de la fe y de comunicación de la religión, así como la superación de la confesionalidad religiosa de la sociedad, con todas las implicaciones que conlleva esto.

Todo ello nos lleva a preguntar por la manera en que los jóvenes son religiosos y cómo asumen esa dimensión de la persona humana, y si ambas cosas están relacionadas con sus intereses y necesidades más íntimas. En general, hay un amplio consenso entre los estudiosos del fenómeno religioso que ven este como una dimensión esencial de la vida humana (Uribe, 2015). En ese sentido, se puede decir que los jóvenes también son religiosos por naturaleza. Pero esa dimensión es asumida por ellos a su manera y de acuerdo con su condición de jóvenes, lo que implica una distancia o resistencia frente a las formas institucionales y la tradición.

Ahora bien, cabe preguntarse ¿de qué manera la fe cristiana asume la realidad de los jóvenes e intenta comprenderlos? O, dicho de otro modo ¿qué *palabra* tiene la fe cristiana para los jóvenes de hoy?

En primer lugar, podemos comenzar afirmando que la fe cristiana posee una “palabra”, un *logos*, “un discurso vigente” que se traduce en una propuesta de sentido para los jóvenes. Pero esta *palabra* no puede ser un discurso ajeno a la comprensión de la realidad que desarrollan otros saberes, otras ciencias, pues estar ajeno es situarse en un lugar que no favorece un diálogo fructífero entre la fe y la sociedad, entre la fe y los jóvenes. Es, por tanto, un desafío favorecer y propiciar un diálogo de fe y de cultura juvenil que se inicie *desde dentro*, es decir, desde la propia microcultura, como es el ámbito eclesial y teológico propiamente dicho.

Podemos hablar largamente de la importancia del diálogo con la cultura en términos demasiado amplios, con discursos sociológicos, interesantes, por cierto, pero lo que no podemos olvidar es que este diálogo se gesta desde nuestra realidad eclesial. Esto obliga a la Iglesia, en su servicio en el campo universitario, a dialogar con los jóvenes y con los académicos, para aprender juntos a comunicarnos con otros modos de comprensión de la realidad, otras disciplinas y ciencias, y saber reinsertar y resignificar sus saberes específicos. Lo que contribuye a ampliar y profundizar el conocimiento de las demás ciencias, pues dialogar con las demás ciencias es *dialogar con la cultura y comprender el pluralismo como un valor*, de otro modo, al renunciar a ello, se corre el peligro de convertir la enseñanza de la teología en un factor disfuncional que afecta solo a su propia naturaleza y su discurso, quedando relegada a una teología descontextualizada que no ofrece ningún tipo de contribución, con escasa o nula resonancia y significado para los jóvenes. Una teología ‘poco amiga’ del pluralismo y la diversidad se vuelve un obstáculo para dialogar, comprender y servir de mejor manera a los jóvenes, lo que impide comprender su cultura juvenil actual.

Una consecuencia de esta falta de diálogo, así como de la estrecha apertura a una sociedad plural, es el rechazo de los estudiantes hacia todo aquello que comprende *lo religioso*, especialmente cuando crecen en la comprensión de la ciencia, la técnica y sus procesos autónomos, y manifiestan que la enseñanza de la religión solo les ha proporcionado una mirada infantil de la dimensión religiosa, además de que no es capaz de contribuir ni responder a los interrogantes que nacen de la propia realidad, tanto personal como social. Nos encontramos aquí ante una evangelización que no proporciona (o lo hace en muy poca medida) un conocimiento integrador de la dimensión religiosa para la vida de los jóvenes, en clave de un diálogo fructífero entre fe y cultura inserto en una sociedad abierta y plural. Por el contrario, un diálogo fecundo fe y cultura en clave plural permitiría a los estudiantes y a quienes observan desde la distancia y la sospecha —tanto en la educación religiosa en la enseñanza escolar como en la formación teológica en la universidad—, a descubrir la razonabilidad del mensaje evangelizador, de la dimensión religiosa como una dimensión antropológica constitutiva de todo ser humano, *distinguiendo y descubriendo la experiencia religiosa como una auténtica experiencia humana*, objeto de aprendizaje y de contribución a una mirada más integral e integradora de la propia persona y de la sociedad actual. En este sentido, avanzar en un diálogo con la cultura exige, desde una perspectiva teológico-pastoral, la valoración del fenómeno religioso en sí mismo como una dimensión propia y razonablemente humana. Esto favorece el diálogo con los demás credos religiosos, reconociendo en ellos interlocutores válidos en la búsqueda de la comprensión, tanto de lo religioso como de los fenómenos culturales desde donde se inscribe naturalmente la experiencia religiosa. De esta manera, el diálogo interreligioso se vuelve, por sí mismo, una fuente de expresión del respeto y valoración de la cultura y sus expresiones, que son fuente de creación para el ser humano, que intenta expresar su propio modo de ver la realidad.

## **5. Retos para la teología fundamental desde la realidad de los jóvenes**

Frente al panorama presentado, se evidencian grandes retos para la teología fundamental, la cual debe entrar en diálogo a partir de la realidad que viven los jóvenes, conocer su contexto y desde allí plantear una teología dialógica.

## 5.1. Justificación contextual de una teología dialogal

Como plantea Jiménez:

Ante el fenómeno de la increencia, la teología fundamental se considera a sí misma como teología dialógica que, desde la fidelidad creativa a la revelación y la fe, entiende su misión como un encuentro con el hombre de hoy, en el que se le ofrece al creyente el servicio de una reflexión crítica y clarificadora sobre la fe, que le lleve a un compromiso real y a una experiencia profunda de la salvación cristiana, y al no creyente se le presenta el mensaje evangélico como luz, como verdad, como futuro definitivo. (Jiménez, 1999, p. 129)

En este sentido, el desafío de una teología fundamental contextual debe entenderse como una teología dialógica con la cultura actual y, en particular, con la cultura de los jóvenes. El diálogo de la fe con la cultura actual —diversa y plural— exige a la teología ampliar sus horizontes e intentar responder a las grandes preguntas personales y sociales, dialogando con las distintas ciencias y credos que hoy conforman los diversos modos de comprensión de la realidad y, especialmente, de la vida de los jóvenes universitarios, cuyos intereses pueden situarse en la política, la economía, la ecología, las ciencias humanas, la tecnología y la sociedad virtual. En consecuencia, la teología tiene el desafío de presentar aquello que es propio y específico de sus contenidos y su mensaje, pero en sintonía con las sensibilidades, demandas y necesidades del sujeto de hoy, concretamente, de los jóvenes, porque sus nuevos interrogantes demandan a la fe cristiana otorgar respuestas que sean adecuadas, pertinentes y razonables. No se puede transmitir una enseñanza aislada de las necesidades y de los procesos culturales, dado que este aislamiento termina encapsulando no solo sus contenidos, sino, ante todo, lo más original y específico de su mensaje, que es la persona de Jesucristo. Por tanto, si la teología en verdad pretende ser contextual y dialógica con los jóvenes, debe contribuir a crear las condiciones favorables para suscitar en ellos la pregunta por el sentido de la vida y la dimensión trascendente, es decir, dar a conocer y entender que la dimensión religiosa es y ha sido fuente de descubrimiento del sujeto consigo mismo, de un determinado modo de ser y del estar en el mundo. Asimismo, los jóvenes deben clarificar y determinar sus opciones de vida y el modo de comprender la realidad, para ser agentes propositivos, con miras a la construcción de un mundo más justo y más humano, por cuanto lo totalmente

religioso es lo totalmente humano, siendo, por tanto, una parte constitutiva en la construcción del sujeto en sociedad.

En esta misma línea, Mardones afirma que “si la teología es una tarea por actualizar un mensaje religioso en la historia y en la sociedad, entonces tiene que prestar una atención incesante a los cambios y desplazamientos de la realidad social e histórica” (Mardones, 1996, p. 245) y desde allí conocer la realidad de los jóvenes para poder entrar a dialogar con ellos.

No se puede pensar en una teología descontextualizada del mundo y de la realidad sociocultural, no se puede pensar en una teología que se quede en la transmisión de unas verdades doctrinales, la teología, como plantea la “*Gaudium et spes*” debe estar atenta a

[...] los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. (*Gaudium et spes*, n. 1)

La teología fundamental contextual tiene como eje central la relación entre revelación, salvación e historia, es desde allí donde puede llevar un mensaje salvífico a la realidad de los jóvenes de hoy. No parte de un conjunto doctrinal, sino de la transmisión de un mensaje de salvación dirigido a la persona que vive en un contexto, una historia y un lugar determinados. Los jóvenes también son poseedores de un contexto y una historia, por ende, una teología fundamental contextual debe situar su lenguaje en clave de una *razón dialógica*; *razón* porque debe justificar razonablemente aquello que cree, y su justificación ha de ser en diálogo (y no en monólogo) con los jóvenes de hoy, que están inmersos en una sociedad diversa, plural, global y virtual.

Ciertamente, las nuevas tecnologías han establecido diferentes modos de comunicación, lo que hoy en día nos ha conducido a definirnos culturalmente como una ‘sociedad en red’, configurando así una nueva identidad y un renovado sentido de pertenencia dentro de un espacio que ha sido denominado ‘aldea global’. En este escenario, establecer un tipo de relación entre fe y cultura juvenil tiene como condición que esta surja desde una relación dialógica, que no es cualquier tipo de relación, pues parte desde la racionalidad humana que posibilita y demanda el cultivo de fundamentos razonables para construir sociedad en medio de la diversidad, siendo esta la expresión de una sociedad que apuesta al diálogo como vehículo fundamental para encontrarnos en un proyecto común,

y comprender de mejor manera lo que viven, sienten y creen los jóvenes. Cuando apreciamos los infructuosos esfuerzos de negociación y acuerdos en las cumbres internacionales para resolver los conflictos que aquejan a grupos sociales y naciones, nos paralizamos al ver una sociedad incapaz de resolver sus problemas con base en el diálogo. Las expresiones fundamentalistas y totalitarias no se aprecian solo en quienes gobiernan en otros países, sino que al interior de nuestra propia cultura podemos apreciar, ocasionalmente, expresiones fundamentalistas, xenofóbicas y racistas hacia minorías, sean estas de carácter étnico, religioso o de identidad sexual.

Ante esta realidad, la exigencia ética evangélica vuelve a recordar e insistir que el único camino para que los jóvenes encuentren en la propuesta cristiana un sentido a sus vidas y comprendan nuevos modos de asumir sus problemas, que son también problemas sociales y culturales, *es el diálogo*, que, tal como lo expresa Duch (1997, pp. 62-63), es la atmósfera de la auténtica comunicación y se presenta como la mayor exigencia de nuestro tiempo, pues nos permite desechar todo tipo de monólogo y de formas de exclusión, social, religiosa, política y económica. En este contexto, la dimensión religiosa —en los distintos escenarios educativos de los jóvenes: educación secundaria y superior— necesita con urgencia un adecuado lenguaje que le proporcione palabras nuevas y un discurso pertinente, para que el diálogo con los jóvenes se pueda convertir en una realidad y no solo en declaraciones de buenas intenciones.

Un diálogo auténtico y fructífero exige, en primer lugar, el reconocimiento de la dignidad humana y, en segundo lugar, la afirmación de la identidad individual y social de los jóvenes. Estos dos aspectos son, quizás, los ámbitos esenciales para avanzar en un diálogo de la fe cristiana con la cultura actual, específicamente la cultura juvenil, que reconozca el pluralismo no como una amenaza, sino como una oportunidad que conduzca al encuentro con el otro, con su persona, con su misterio y su entorno (Ortega y Mínguez, 2001, p. 42).

Pero no basta con la afirmación de la dignidad y de la identidad de los jóvenes, sino que un auténtico diálogo desde el pluralismo supone y demanda la voluntad decidida, de todos quienes participan, de aceptar que el otro posee parte de verdad y que no somos poseedores de ella en su totalidad. Este reconocimiento no es ni será fácil, especialmente para quienes profesamos una fe religiosa, dado que esta implica creer en una verdad que fundamenta y da sentido a la propia vida. Pero no habría que confundir lo que significa ‘enseñar una verdad religiosa’, con la pretensión de ser los únicos poseedores de esta verdad y los únicos posibilitados para acceder a ella. Enseñar una verdad de

fe no supone que los demás no tengan algo de esta verdad, por el contrario, la verdad de fe, de manera particular en la comprensión cristiana, entiende que la verdad está más allá de nuestras propias verdades particulares y nos exige salir en búsqueda de ella, lo que implica, necesariamente, abrir nuestros horizontes desde un *diálogo sincero* con los demás actores que conforman nuestra sociedad. Tales actores, al igual que el modo de comprender la propuesta religiosa, son una expresión de la cultura.

El diálogo sincero con los jóvenes debe permitir que ellos puedan comunicar sus propias interpretaciones, cosmovisiones, su ideal de hombre, de mujer y de sociedad, pero no puede darse un diálogo que vaya en un solo sentido, pues para que este sea efectivo se exige un mutuo reconocimiento y confianza entre la fe cristiana y la cultura juvenil a la que intenta interpelar y convocar. No obstante, una *teología en diálogo* no puede ser presentada solo como un procedimiento reservado a esclarecer ideas y opiniones o la búsqueda de acuerdos. De ser así, el diálogo se reduciría a la búsqueda de las argumentaciones más consistentes y la fuerza de estas determinarían el diálogo. Esto es válido cuando se busca una negociación, pero la propuesta de comprensión de lo religioso en una sociedad plural no radica en la negociación con los otros, sino, ante todo, *en el encuentro con los otros*. En este sentido, una teología para jóvenes, desde su particular mensaje salvífico, ofrece una enorme posibilidad de dialogar desde contextos vitales, desde la vida de los estudiantes, porque la finalidad no es solo el esclarecimiento de las ideas, sino el “reconocimiento del otro en su irrenunciable alteridad y diferencia” (Duch, 1997, p. 63).

Dialogamos no solo con las ideas, conceptos o creencias, sino también con los afectos, el silencio, la escritura y el reconocimiento de la vulnerabilidad, tanto nuestra como la del otro. Dialogamos con el otro y desde el otro, quien tiene un rostro al que debemos descubrir más que cosificar. En este sentido, el diálogo empapado de cristianismo es un camino y una búsqueda hacia el encuentro con el otro y lo Otro, en donde ya no caben las argumentaciones y las ideas sino el reconocimiento y la acogida (Lévinas, 1993).

La teología que aquí proponemos es una teología que se pregunta por la ‘actualidad’ de la revelación divina, esto es, no solo por los lugares históricos en los que la revelación acontece, sino por los compromisos de seguimiento a los que la revelación impulsa. Es desde allí, y solo a partir de allí, desde donde se puede brindar a los jóvenes de hoy un mensaje en contexto, que les hable de su realidad y los impulse a acercarse a la fe y al encuentro con el sentido de su vida.

## 5.2. Justificación antropológica de una teología dialogal

El fundamento del diálogo de la fe cristiana con una cultura heterogénea y plural no proviene de la necesidad de resolver los diversos problemas sociales y culturales, sino de la propia naturaleza humana, del interior de lo que entendemos por persona.

La persona, nos dice Mounier, “no existe sino hacia los otros, no se conoce sino por los otros, no se encuentra sino en los otros” (Mounier, 1972, p. 20). En este sentido, la dimensión ética del mensaje salvífico se presenta, ante todo, como una ética de la respuesta y la demanda frente a la fragilidad del otro. La respuesta a esta demanda es lo que nos constituye como sujetos morales que forman parte de una sociedad abierta e inclusiva; en clave de la fe cristiana, nos constituye como hijos de un mismo Padre, llamados a vivir en la fraternidad. Como bien lo expresa Lévinas (1987, p. 48), el prójimo me ata, me une existencialmente a él, pues ha venido sin anunciarme y está ante mí antes de cualquier relación establecida. Por esta misma razón, cuando la fe cristiana se expresa, lo primero que comunica es que el ser humano es, esencialmente, un sujeto abierto al otro, a los otros, a la cultura y a las culturas.

En este mismo sentido, Zubiri destaca la dimensión relacional y vivencial de todo ser humano, la cual le permite comprender que el diálogo es expresión de lo propiamente humano, por ello, “antes de que se tenga la vivencia de los otros, los otros han intervenido en mi vida aun antes de que yo tenga vivencia de ellos” (Zubiri, 1986, p. 233). Por tal razón, la comprensión del creyente sobre sí mismo no se da solo a partir de “mi relación con Dios”, marcado por la subjetividad, sino de *nuestra* relación, donde la comprensión de sí mismo es intersubjetiva. Nos comprendemos intersubjetivamente y, en consecuencia, nos dirigimos a Dios también intersubjetivamente. Dialogar con la cultura juvenil no es un trabajo que viene desde lejos, o una respuesta a una demanda desde fuera, desde el medio, sino que, por el contrario, resulta ser parte constitutiva de la expresión de la fe cristiana, una fe dialógica con y para los jóvenes.

## Conclusiones

Para finalizar, se puede decir que la situación religiosa de la sociedad colombiana, en particular de los jóvenes, ha cambiado y está cambiando significativamente. La cristiandad en nuestro país se ha ido disolviendo progresivamente, tal vez más lentamente que en otros países latinoamericanos, sin embargo, el panorama



religioso de hoy es muy distinto al de hace cuatro o cinco décadas atrás; aunque la tendencia de ese cambio difiere actualmente de la que se manifestó en los inicios de la ‘revolución mental’, en la década de los sesenta, cuando lo religioso no solo se excluía, sino que se rechazaba en forma activa y beligerante.

Tal cambio se caracteriza por considerar la religión como un fragmento de la vida, pero no el central ni mucho menos el eje articulador de la existencia. La religiosidad se vive en forma más libre y, en gran medida, al margen de la institucionalidad y de las iglesias. Dios y Jesucristo siguen siendo valorados y reconocidos en alto grado y ocupan un lugar importante en la vida de los jóvenes. No obstante, la religión funciona como un compartimiento de la vida, a la cual no inspira ni direcciona decisivamente.

Podría decirse que, por un lado, hay una élite que asume la fe cristiana con mayor claridad, coherencia y centralidad, y que, por otro lado, hay un grupo —también reducido— conformado por aquellos que han decidido vivir su vida en forma atea y al margen de la religión. La mayoría continúa considerándose creyente, cristiana y, principalmente, católica, pero sin un sentido de pertenencia profundo con su Iglesia.

Los niveles de la práctica y de la expresión cultural de la religión son relativamente bajos, y al parecer están decreciendo cada día más, en gran parte por la pérdida de importancia de lo religioso con respecto a los demás componentes de la vida, así como por el nuevo estilo de vivir una religión, de modo más individual, privado y subjetivo. Sin embargo, Dios y Jesús siguen siendo valorados y reconocidos en alto grado y ocupan un lugar importante en la vida de los jóvenes.

Pero no podemos olvidar que estamos hablando de jóvenes y que, como lo expresa el papa Francisco en la reciente exhortación apostólica “*Christus vivit*”: “Un joven no puede estar desanimado, lo suyo es soñar cosas grandes, buscar horizontes amplios, atreverse a más, querer comerse el mundo, ser capaz de aceptar propuestas desafiantes y desear aportar lo mejor de sí para construir algo mejor” (Francisco, 2019, n. 15). Los jóvenes son riqueza presente de la Iglesia y del mundo, pueden renovar y hacer actual y actuante la presencia del Reino en un mundo cambiante, que cada vez, con más fuerza y con múltiples razones, desafía la necesidad o utilidad de un Dios que poco mueve los sentimientos juveniles, o que ya no responde a sus inquietudes fundamentales.

Al hablar de la Iglesia, dice Francisco que

[...] son precisamente los jóvenes quienes pueden ayudarla a mantenerse joven, a no caer en la corrupción, a no quedarse, a no enorgullecerse, a no convertirse

en secta, a ser más pobre y testimonial, a estar cerca de los últimos y descartados, a luchar por la justicia, a dejarse interpelar con humildad. Ellos pueden aportarle a la Iglesia la belleza de la juventud cuando estimulan la capacidad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas. (Francisco, 2019, n. 37)

A su vez, la Iglesia tiene que estar cerca de los jóvenes, vivir con ellos, soñar con ellos, llorar con ellos, ofrecerles la salvación a ellos. Por eso la teología tiene el deber de hacerles comprender que Dios y el evangelio no son palabras vacías, sino que tienen sentido en cuanto iluminan el propio sentido de su existencia. Es la teología, como comprensión de la revelación de Dios al hombre, la que tiene la tarea de propiciar la respuesta a esa revelación mediante el compromiso ético y moral de quien se siente involucrado en una historia salvífica, que nada ni nadie puede malograr.

Es la teología la que puede y debe llevar a los jóvenes a comprender que son importantes para Dios, que Jesús sigue mirándolos con amor salvador, y que es la respuesta a sus inquietudes fundamentales. La teología debe hacer comprender que la realización personal y la felicidad no son enemigas de la fe; precisamente, es la teología la que debe animar a los jóvenes a comprometerse en la lucha contra las estructuras del mal y a soñar con un mundo de fraternidad, de comunión y de paz.

Esa es la tarea de una teología convencida de la necesidad permanente de iluminar el caminar del pueblo de Dios por esta historia; es la tarea de una teología encargada de animar a los pastores de la Iglesia, y a través de ellos, a quienes tienen influencia en los jóvenes, para entusiasmarlos con la causa del evangelio, liberándolos de creencias, posturas y comportamientos que, en lugar de reflejar la fe y una vivencia religiosa seria, son alienaciones que matan o anestesian la sed de eternidad que está inscrita en cada persona.

Es tarea de la teología fundamental contextual hacer una lectura de esta realidad del joven de hoy, con el fin de plantear una *propuesta dialógica* que surja de su realidad, para desde allí presentar el mensaje de salvación y anunciar que Cristo está vivo, que salva y que da vida plena. Esa propuesta tendrá que partir de una verdadera evangelización del mundo juvenil que, mediante el regreso a las fuentes de la fe, a través del conocimiento y la aceptación del *kerygma*, proponga y viva la experiencia del encuentro con Dios en la persona de su Hijo, Cristo muerto y resucitado.

Una teología que quiera servir a la humanidad debe reflexionar permanentemente sobre cómo dar respuesta, desde la fe, a las inquietudes fundamentales del hombre y propiciar que la fe sea la plataforma para una vida fraterna, comunitaria, basada en la caridad y en el servicio, como una exigencia.

No solo la actitud de los jóvenes ante la religión constituye un desafío para la teología fundamental, sino que, ante todo, los jóvenes en sí, con todo su potencial, con todas las ansias de comprometerse en grandes emprendimientos, son el verdadero reto. Ellos quieren seguir creyendo, ellos quieren y tienen que ser capaces de dar razón de su fe y de su esperanza (1 Pd 3, 15). El cristianismo nació y se desarrolló en una sociedad en crisis, posibilitando la creación de una nueva cultura; también nuestros jóvenes, inmersos en esta cultura en crisis, no más grave ayer que hoy, tienen la posibilidad de gestar una nueva cultura que responda a sus inquietudes. Pero para eso es necesario que la teología piense en los jóvenes, en hacer teología no para los jóvenes, sino *con* ellos y *por* ellos. Que les haga más atractivo creer, porque creer comunica vida, da motivos para vivir en la fe y hacerlo con convicción, entusiasmo y alegría.

Por esto, la teología tiene que ser propositiva y dialogal, no una simple transmisora de verdades, de modo que se logre el encuentro entre fe y cultura en la construcción de sentido, desde la comprensión y el compromiso que pide lo religioso en el ser. El reconocimiento del valor del diálogo lo compartimos creyentes y no creyentes, y desde aquí apostamos por mirar el diálogo no solo como un determinado valor moral, sino, ante todo, como una facultad humana que nos dispone al reconocimiento de que el hombre es un ser abierto a la Trascendencia, al infinito, al Misterio del que, siguiendo a Lévinas, solo cabe decir: "¡Heme aquí!". Planteamos y apostamos a un diálogo entre la fe y la cultura juvenil, no solo porque el diálogo es el mejor modo de comunicar aquello que creemos, sino porque el diálogo es expresión de lo que creemos. Así como San Agustín nos afirma que una fe que no se razona es una fe vacía, podemos afirmar que, en definitiva, una fe que no dialoga con la cultura y que no se expresa dialógicamente y culturalmente es una fe nula, porque corre el peligro de convertirse en una fe encerrada en sí misma, en sus propios preceptos y en su propio lenguaje (por ello, viene bien recordar el texto evangélico de las lámparas que no se esconden cuando la sal pierde su sabor).

Un auténtico diálogo entre la fe y la cultura juvenil, especialmente en el contexto de la vivencia de los jóvenes en la universidad, significa dar razón de nuestra fe *desde* el diálogo con la ciencia y la tecnología, el arte y las distintas propuestas de vida buena, filosóficas y culturales; *desde* el reconocimiento y promoción de

una sociedad pluralista, multicultural y democrática, y desde un diálogo que favorezca la solidaridad, la acogida y la responsabilidad por construir un mundo mejor y más fraterno.

## Referencias

- Arboleda, C. (2005). *La religiosidad del joven universitario de Medellín*. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Boff, L. (2000). *La dignidad de la tierra. Ecología, mundialización, espiritualidad*. Editorial Trotta.
- Concilio Vaticano II. (1965). *Constitución Pastoral Gaudium et Spes sobre la iglesia en el mundo de hoy*. La Santa Sede.
- Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam). (1968). *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*. Documento Conclusivo Medellín. Celam.
- Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam). (2005). *V Conferencia General del episcopado Latinoamericano y del Caribe*. Celam. <https://www.celam.org/aparecida/Espanol.pdf>
- Cox, H. (1985). *La religión en la ciudad secular. Hacia una teología postmoderna*. Sal Terrae.
- Duch, L. (1997). *La educación y la crisis de la modernidad*. Ediciones Paidós.
- Francisco. (2019). Exhortación apostólica *Christus vivit*. La Santa Sede. [http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20190325\\_christus-vivit.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20190325_christus-vivit.html)
- Frankl, V. (1992). *El hombre en busca de sentido*. Herder Editorial.
- Jiménez, A. (1999). La teología fundamental ante el desafío de la increencia. En C. Izquierdo (Ed.), *Teología fundamental. Temas y propuestas para el nuevo milenio* (pp.129-179). Desclee de Brouwer.
- Lévinas, E. (1987). *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Ediciones Sígueme.
- Lucas, J. (1999). *Fenomenología y filosofía de la religión*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Miranda, V. (2015). "Los jóvenes lugar teológico donde se manifiesta Dios". *La República*. <https://larepublica.pe/sociedad/879755-los-jovenes-lugar-teologico-donde-se-manifiesta-dios/>
- Mounier, E. (1972). *Manifiesto al servicio del personalismo*. Taurus: Madrid Ortega, P. y Mínguez, R. (2001). *Los valores en la educación*. Ariel.
- Sánchez, M., Álvarez, A., Flores, T., Arias, J. y Saucedo, M. (2014). El reto del estudiante universitario ante su adaptación y autocuidado como estrategia para disminuir problemas crónicos degenerativos. *Educación y salud boletín científico Instituto de Ciencias de la Salud Universidad Autónoma del estado de Hidalgo*, 2(4).

- Scherz, T. (2014). *Educación: el cultivo de lo humano. Algunas reflexiones para una educación de calidad*. Arzobispado de Santiago de Chile.
- Schmitz, J. (1987). *Filosofía de la religión*. Editorial Herder.
- Taylor, C. (1994). *La ética de la autenticidad*. Ediciones Paidós.
- Vattimo, G. (1987). *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Gedisa.
- Zubiri, X. (1986). *Sobre el hombre*. Editorial Alianza.

## **Bibliografía consultada**

- Agudelo, D. (2007). La religión: entre la crítica y la utopía. Situación moderna y actual de la religión. *Theologica Xaveriana*, 163, 435-452.
- Berger, P. (1975). *Rumor de ángeles: La sociedad moderna y el descubrimiento de lo sobrenatural*. Editorial Herder.
- Bidegáin, A. y Demera, J. (2005). *Globalización y diversidad religiosa en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Concilio Vaticano II. (1965). *Constitución Pastoral Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el mundo de hoy*. La Santa Sede.
- Conferencia Episcopal de Colombia. (1994). *Sectas y grupos religiosos no cristianos*. Conferencia Episcopal de Colombia.
- Ferrater, J. (1983). "Renacimiento". En J. Ferrater, *Diccionario de Filosofía* (pp. 2838-2841). Alianza Editorial.
- Gastaldi, I. (1998). Modernidad, posmodernidad y "Nueva Era". *Cuestiones Teológicas y Filosóficas*, 24(64), 117-142.
- Habermas, J. (1985). *Conciencia moral y acción comunicativa*. Península.
- Lévinas, E. (1993). *El Tiempo y el otro*. Paidós.
- Luckmann, T. (2008). *Conocimiento y sociedad. Ensayos de religión y comunicación*. Trotta Editorial.
- Mardones, J. (1996). *¿A dónde va la religión? Cristianismo y religiosidad en nuestro tiempo*. Sal Terrae.
- Mardones, J. (1999). *Síntomas de un retorno. La religión en el pensamiento actual*. Sal Terrae.
- Mardones, J. (2000). *Para comprender las nuevas formas de la religión. La reconfiguración postcristiana de la religión* (3ª. Ed.). Editorial Verbo Divino.

- Martin, A. y Rubio, R. (2015). *Jóvenes y generación 2020*. Instituto de la Juventud. [http://www.injuve.es/sites/default/files/2017/46/publicaciones/revista108\\_completa\\_0.pdf](http://www.injuve.es/sites/default/files/2017/46/publicaciones/revista108_completa_0.pdf)
- Martin, J. (1993). *El malestar religioso de nuestra cultura*. Editorial San Pablo.
- Navarrete, L. (2019). *Seminario de doctorado sobre teología fundamental*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Pastor, F. (1992). Secularización y secularismo. En R. Latourelle y R. Fisichella (Eds.), *Diccionario de teología fundamental* (pp. 1335-1340). Editorial San Pablo.
- Poupard, P. (Ed.). (1987). *Diccionario de las religiones*. Editorial Herder.
- Rodé, F. (1987). Secularización y secularismo. En P. Poupard (Ed.), *Diccionario de las religiones* (pp. 1635-1637). Editorial Herder.
- Rodríguez, E. (1997). *Problemática actual sobre Dios*. Ediciones USTA.
- Tejeiro, C., Sanabria, F. y Beltrán, W. (2007). *Creer y poder hoy*. Universidad Nacional de Colombia. <http://bdigital.unal.edu.co/786/3/01PREL01.pdf>
- Torres, A. (1998). *El problema de Dios en la modernidad*. Editorial Verbo Divino.
- Torres, A. (2000). *Fin del cristianismo premoderno*. Sal Terrae.
- Torres, A. (2002). La imagen de Dios en un mundo secular. En J. Esquiza (Dir.), *Diez palabras clave sobre secularización* (pp. 95-120). Editorial Verbo Divino.
- Uribe, A. (2015). *Cultura y espiritualidad*. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Velasco, J. (1998). *Increencia y evangelización*. Del diálogo al testimonio. Sal Terrae.
- Zeraoui, Z. (2000). *Modernidad y Posmodernidad. La crisis de los paradigmas y valores*. Noriega.

